
DIA QUINTO

¡Con qué María, amados hermanos, aquella celestial y divina criatura, de un genio dulcísimo, de un trato afabilísimo, es nuestra madre! ¡Con qué María, en quien se derramó el impetuoso torrente de las gracias divinas, y en quien encontraron su centro los dones, los favores, los privilegios, los carismas, todos los dones que el Espíritu Santo reparte, según su voluntad, es nuestra madre! ¡Con qué María, madre del mismo Dios, es madre nuestra! ¡María, madre nuestra! ¡Qué dulce nombre, hermanos míos! ¡María, madre nuestra! ¡Cómo se inunda mi corazón de alegría! ¡María, madre nuestra! Sí, mi alma se levanta del polvo de la miseria, penetra los cielos, llega al trono de la majestad y el mismo Dios me dice: Mi madre es madre tuya. Es madre nuestra y su benéfica mano recoge nuestras viles lágrimas; es madre nuestra y su corazón amante no quiere ver afligidos á sus hijos; es madre nuestra y nunca nos desampara en el día de la tribulación; es Madre nuestra..... A tu omnipotencia ¡oh María! sólo Dios podrá ponerle límites, ¿quién se los pondrá á tu amor? Sólo el mismo Dios: tu

amor, pues, á la par que tu omnipotencia, es grande para con nosotros.

El amor á los hijos es un amor necesario, y ésta es la razón porque como reflexiona Santo Tomás, en la ley divina no aparece ningún precepto que mande á los padres amar á los hijos. Y sin embargo, á los hijos se les manda amar á los padres. Es el amor á los hijos, un amor infundido por la misma naturaleza con tanta fuerza, que las fieras más salvajes no pueden dejar de amarlos. Los tigres, al oír el clamor de sus hijos que están presos, se arrojan al mar y se abalanzan hasta los barcos donde los tienen presos. Si los tigres no olvidan á sus hijos, ¿cómo nos olvidará María? ¡María madre nuestra, María madre de amor, María que se gloria en amarnos, María que es todo amor para nosotros! Bien podrá alguna madre olvidarse de sus hijos; pero jamás se olvidará María de nosotros.

En efecto, el amor que María nos tiene se funda en el mismo amor de Dios, en el amor que María tiene á Dios. Y ni un instante, ni un momento podremos imaginar que María deje de amar á Dios. Y si el amor á nosotros se funda en el amor que tiene á Dios, si el amor que tiene á Dios, jamás, ni por un momento, ha faltado ni faltará, ¿cuándo, pues, faltará el amor que nos tiene? ¿cuándo se olvidará de nosotros? ¿Cuándo?.....

¿Y cuánto es el amor que María tiene á Dios? Es tanto el amor que arde en el pecho de María hacia Dios, que si por un momento se pusieran en todo el cielo y toda la tierra, en el instante quedarían consumidos; todos los ardores de los serafines son unos vientos frescos en comparación del ardiente amor de María. Ahora con el amor con que María ama á Dios, con este amor ama á todos sus hijos, de donde precisamente se sigue, que así como no hay en el cielo quien ame tanto á Dios como María, así, después de Dios, no hay quien ame tanto á los hombres como María. Nos ama, pues, María, más que lo que nos pueden amar todos los ángeles y santos del cie-

lo juntos; nos ama más que lo que pueden amar todas las madres á sus hijos y las esposas á sus esposos; ama más á todos los hombres, que lo que los ángeles y hombres pueden amar á una sola criatura.

¿Y qué hicieron los santos que amaban á Dios á favor del prójimo? San Francisco, por convertir á Dios, por bautizar á aquellos infelices que á manera de fieras estaban sepultados en las cuevas entre mil peligros, trepaba los más altos montes. San Francisco de Sales, por predicar á los herejes que estaban al otro lado de un rio, por un año entero, se arriesgó á pasar todos los dias por una viga de hielo y San Paulino de Nola se entregó por esclavo para alcanzar la libertad al hijo de una pobre viuda. ¿Qué no hará María á favor nuestro cuando ha amado á Dios desde el primer momento de su vida? Todo lo hizo, amados oyentes, dió á su hijo por nosotros, sufrió que fuera muerto porque nosotros alcanzásemos vida, ruega continuamente por nosotros y aplaca la ira de su hijo divino para que no nos condene. Si María fuera capaz de dolor en aquella mansion celestial, sus ojos se desatarían en lágrimas y no descansaría ni de dia ni de noche. Sí, amados oyentes, ningun pecador se perdería por parte de esta divina Señora, ninguno, aun cuando fuera el más delincuente; se pierden los pecadores y caen todos los dias al infierno, porque ¡ingratos! se han olvidado de que tienen madre.

Si María, pues, ama á sus hijos aunque pecadores, aunque ingratos; si no cesa de derramar gracias sobre sus corazones, qué hará con aquellos que procuran serle fieles? ¿Qué hará con aquellos que desean amarla, que la invocan, que la llaman? ¡Cuánto amaría á San Felipe Neri que decía que su único consuelo era pensar en María, y que sólo María era su delicia! ¡Cuánto amaría á San Buenaventura, que no se contentaba con llamarla su madre, su maestra, su Señora, sino que la llamaba su alma y su corazón! ¡Cuánto amaría á San Luis Gonzaga, que sólo al oír pronunciar el nombre de María se le inflamaba

el semblante! ¡Cuánto amaría á San Francisco Solano, que loco de amor se ponía á cantar en su presencia coplas de amor! Y ¡cuánto amaría á aquel religioso y á aquella religiosa que para que nunca se borrara de ellos el nombre de María, con fierros encendidos lo escribieron sobre su cuerpo!..... Dígalo por mí la gloria que disfrutaban estos santos en el cielo; díganlo aquellas caricias que en este momento reciben de María allá en la gloria; dígalo aquel asiento que tienen como devotos de María. Exclamemos nosotros, amados hermanos, con el enamorado San Anselmo: Queremos ¡oh María! que nuestro corazón arda en el tuyo, queremos ser siempre tuyos, queremos invocarte, alabarte, adorarte ahora y siempre y por toda la eternidad. Perezca ¡oh María! el instante en que no nos acordáremos de tí: caiga un rayo sobre nosotros antes que olvidarnos de tí: María, en nuestra alma, María en nuestro entendimiento, María en nuestra memoria, María en la vida, María en la muerte, y María, el dulce semblante de María, se nos manifieste en la gloria.

DIA SEXTO

¡Oh María! ¡Oh criatura la más feliz entre todas las hijas de Adán! ¿Y á dónde se volverán tus hijos que no te encuentren y á dónde podrá caminar el infeliz y desgraciado pecador que no te halle? Reina del cielo, haces dichosos y felices á los bienaventurados. Señora de los vientos, caminas sobre sus alas soplando por todas partes; de los mares, te ves sobre sus espumas reprimiendo las tempestades; y de la naturaleza te veo medir por todas partes sus movimientos. Si subo al cielo allí moras tú, si bajo á la tierra, allí estás presente. Piensa el infeliz pecador que las tinieblas de la noche podrán esconderlo de tu vista, y tú conviertes la noche en claridad y le descubres sus más funestos placeres; porque la noche más lóbrega no es oscura para tí y las más densas tinieblas son para tí como la luz del día. De suerte, amados oyentes, que aun cuando tomáramos alas de águila para ir á habitar á las extremidades del mar no nos escaparíamos de su presencia; su mano nos conducirá y su diestra nos sostendrá en el camino. Te alabaremos, pues, ¡oh María! porque tu proteccion hácia nosotros se manifiesta del modo

más admirable. Todas nuestras aficciones, todas nuestras tribulaciones te son patentes, pues no sólo nos socorres en cualesquiera tentacion, sino que pronto vuelas en nuestra defensa. ¿Cuál, pues, no debe ser nuestra seguridad de alcanzar la vida eterna, si por todas partes nos rodea la proteccion de María, si María está pronta y vuela á nuestro socorro? Os manifestaré, pues, que tanta es la prontitud de María en favorecernos, que casi se hace imposible la condenacion del pecador que la invoca. Escuchadme:

Hablando los Santos Padres de María dicen que es Ruth, que es como decir la que ve y la que se apresura. Que sus pechos son como dos gamitos mellizos, es decir, veloces para dar leche de misericordia á los cabritos que se la piden. Alas como de águila se le han dado, dicen otros, para que vuele á Dios; pero otros entienden que con ellas vuêla con más velocidad que los serafines á socorrer al pecador. Mientras que María no concibió en su seno al verbo eterno, se mantuvo en el retiro, en la oracion; pero tan luego como concibió al Salvador del mundo caminó, y no lenta, sino presurosa, á visitar á su prima Santa Isabel y llevar la salud al niño Juan que aun estaba encerrado en el vientre materno. Se lee en los Cantares que las manos de María están hechas á torno, porque así como el arte de labrar á torno es el más fácil y pronto, así María es más pronta que otros santos para ayudar á sus devotos. Es, en fin, llamada aurora, porque así como la aurora se anticipa al sol, así ella se anticipa á nuestras necesidades: aun no acabamos de rogarle cuando ya nos oyó. ¿Qué sucedió en las bodas de Caná? Vió la aficcion de los esposos por la falta del vino, y sin ser rogada, llegó á su hijo diciéndole: "No tienen vino," y en el momento quedó socorrida aquella necesidad. Están sus sacratísimos pechos tan llenos de piedad y de misericordia, que tan luego como sabe nuestra miseria, benignamente los derrama en nuestros lábios. ¿Quién, exclama Eutiquiano, ha ocurrido á María que haya salido desairado? Yo convengo, decía San Bernardo, en que no se alabe la misericor-

dia de María, si alguno ¡oh Virgen santísima! ha sido desechado por tí.

Temeraria ha parecido á algunos espíritus pusilánimes la proposicion que asegura que es casi imposible que se condene el que invoca á María; pero San Buenaventura y otros muchos santos y devotos de María, penetrados íntimamente de la gran misericordia de esta madre, aseguran, son palabras de San Buenaventura, que María es la salud de los que la invocan, dando á entender que esto basta para que nos salvemos. San Antonio dice que así como es imposible que se salve aquel de quien María aparta los ojos de su misericordia, así es necesario que se salven aquellos por quien ella ruega. ¿Y por quién de los que la invocan ha dejado de rogar María? No se ha oído decir, dice San Agustin lleno de confianza, que haya perecido uno solo de los que han ocurrido á María; de los que han invocado á María. Aun el hereje Ecolampiado tenía por señal de reprobacion la poca devocion á María.

¿Cómo, pues, no nos salvaremos si invocamos á María? Si ella corre, si ella vuela á socorrernos, ¿cómo no estará pronta á librarnos de las garras del demonio? A mí me parece tan imposible la condenacion de una alma que se acoge á María, como imposible que se perdiera uno sólo de los que estaban encerrados en el arca de Noé. Furiosa era la tempestad que caía sobre el arca y sobre la tierra; espartos los vértices que hundían y sepultaban los montes más altos en los senos de aquel universal diluvio; todo el mundo pereció, todo el mundo se ahogó, pero el arca con todos los que tenía caminaba segura en medio de tanta afliccion. Grandes, terribles, son las tentaciones que nos acometen mientras que estamos en esta vida: sus furiosos huracanes arrancan y han arrancado cedros muy robustos, los han hecho caer y los han precipitado en los abismos. Pero yo entiendo que en aquel momento estas grandes almas se olvidaron de María; cuando cayeron no invocaron á María, y así es que

fuera del arca perecieron entre las aguas del universal diluvio. Santa Gertrudis vió en una ocasion que todos los ángeles defendían con espada en mano á los que estaban bajo del manto de María, y debajo de ese Real manto se le manifestaron, no sólo estrellas del firmamento, es decir, no solo almas puras, sino tambien fieras del campo, bestias horribles, animales feroces, es decir, grandes pecadores. Hé aquí por qué el demonio no sólo se empeña en que perdamos la divina gracia, sino que se empeña, y fuertemente, en que perdamos la devocion á María, porque teme y con razon, que siendo fieles en obsequiar á la madre de Dios, pronto volvamos á Dios por medio de la madre. Con razon ¡oh María! á tu devocion le llamaba San Efrén salvo conducto para ser desterrado del infierno, y á tí te llamaba abogada y protectora de los condenados; y con razon Enrique de Suron decía, que él tenía puesta su alma en manos de María, y que si el Juez quisiese condenarlo quería que la sentencia pasase por manos de María; porque estaba cierto que si aquella sentencia llegaba á aquellas piadosas manos se impediría su ejecucion.

¿Qué diremos, pues, nosotros, amados de mi corazon? ¿Qué será de nosotros, ¡oh María! que somos pecadores, pero que queremos enmendarnos y acudimos á vos, que sois la vida de los pecadores? ¿Nos condenaremos? No, María, no lo permitas; ruega por nosotros y seremos salvos, ruega por nosotros y seremos libres del infierno, ruega por nosotros y te iremos á alabar á la gloria. Acuérdate.....

DIA SÉPTIMO

Honrosos títulos de María, ¿quién os podrá enumerar? Cosas muy gloriosas y muy grandes se han dicho de tí, ¡oh hermosísima ciudad de Dios! Tú eres el prodigio del cielo; tú, el honor, firmeza y gloria del cristianismo; tú, la Margarita del universo, inextinguible lámpara y firme cetro de la fe; tú, animada imágen de Dios; tú, gloria de los profetas, esperanza de los patriarcas, esplendor de los mártires, honor de los apóstoles y corona de las vírgenes; tú, admiración de los ángeles, veneración de los hombres, alegría del cielo y espanto del infierno; tú, el incomprendible abismo de todos los dones del Espíritu Santo; tú, el centro de todas las gracias, y tú ¡oh María! ¡oh admirable María! tú, aquella criatura á quien sólo excede el infinitamente grande y excelso Dios. Pero, amados hermanos, ¿nos contentaremos con que María, con que nuestra madre sólo sea el terror y el espanto de los demonios? Yo veo que el Eterno, el incomprendible, el santo por esencia, baja, deja el trono de su Padre y viene á encerrarse en el seno de esta niña divina. Yo veo que ella le da á su Criador y su Salvador carne y san-

gre; y yo veo que el mismo Dios la llama madre y que es su muy amada madre. Hablando, pues, de María, ¿qué deberemos predicar? ¿Qué honores le deberemos tributar? No otros sino los que le tributó aquella mujer, que sorprendida con las sentencias de Jesucristo, alzó la voz en medio de las turbas y exclamó: “Bienaventurado el vientre que te portó.” Sí, amados oyentes, ó nada hemos de predicar de nuestra madre María, ó siempre hemos de predicar que María, nuestra amada madre, es madre de Dios. Sí, amados oyentes, esa hermosísima criatura que nos ha llenado de gloria y honor; esa agraciada niña que es causa de nuestra alegría, es madre de Dios y por eso madre nuestra, y por eso todo lo que es María.

El impío, el heresiarca Nestorio, tributaba á María todos los elogios que antes y despues le habían tributado los Santos Padres; confesaba á voz en cuello que esta agraciada y preciosa niña era verdaderamente grande y singular; pero nuestra madre la santa Iglesia nunca los apreció y confundió á este hereje con la excomunion, porque no la predicaba madre de Dios. Sí, católicos; que María Santísima es madre de Dios fué el artículo principal que declaró el sagrado concilio general celebrado en Efeso. Este es el que la misma Señora reconoció como fontal origen de todos los honores, respetos y elogios que le habíamos de tributar despues. Sí, por esta dignidad incomprendible á que fué elevada ella misma formó su elogio cuando dijo: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. Por esto me llamaron bienaventurada todas las generaciones. Por madre de Dios, sí, católicos, por madre de Dios es acreedora á todos los obsequios, á todas las alabanzas y á toda gloria. Por madre de Dios fué constituida reina, señora y dueña de todo lo criado. Por madre de Dios es señora y dueña de todo cuanto encierra el mundo. Sí, María es madre de aquel hijo á quien el Eterno Padre dió el imperio y poder sobre todos los pueblos y naciones; todo lo que es del hijo es de la